

The background of the entire image is a complex, abstract pattern of overlapping, semi-transparent shapes in various colors including purple, green, orange, blue, and black. The shapes are irregular and somewhat organic, creating a dense, textured effect. The colors are muted and earthy, with some darker tones like black and dark green interspersed among the lighter ones.

Juvenal Soto

La oscuridad

FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA



La oscuridad

es el último libro del escritor **Juvenal Soto** y primero que publica en formato digital. Prosas y versos repletos de luces y de sombras que reflexionan sobre un tiempo de muerte. Editado por Fundación García Agüera se puede leer y descargar gratis en cualquier dispositivo electrónico.

fundaciongarciaaguera.org

*Presidente de Honor
in memoriam*

Javier Muguerza Carpintier

Patronato

José Manuel García Agüera
Maripepa Fernández Villalobos
José Miguel Barrientos Méndez
José Manuel García Fernández
Angelina Fernández Villalobos
Pepa García Fernández
José Antonio Ruiz de la Torre
María Teresa Villalobos Cantos
María José Villalobos Cantos
Francisco Lomeña Villalobos
José Antonio Urbano Pérez
María Jesús Torres Giménez

Consejo Asesor

Juan Manuel Martínez Palomeque
Concepción López Noguera
Juan Torres López
José María Davó Fernández
Rafael Sánchez-Lafuente Gemar
Francisco M^a Baena Bocanegra
Amalia Gómez Gómez
Fuensanta Naranjo Jiménez
José Enrique Medina Castillo
José Luis García Guillén
Antonio Jesús Bañasco de la Rubia

Director de la Fundación

José Manuel García Fernández

Director Archivo Histórico

Francisco Marmolejo Cantos



Institución cultural de carácter privado sin ánimo de lucro, libre, independiente y abierta, cuyas actividades tienen como fin el fomento, desarrollo y divulgación del Arte y la Cultura en Coín y su entorno, así como el empeño constante de recopilar, preservar y difundir nuestra historia local

Inscrita en el Registro de Fundaciones de Andalucía con el nº MA/1007 (BOE 8-6-2006)



FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA
Alameda, 30
29100 Coín (Málaga)
Tel.: 952450031- Fax: 952450430
www.fundaciongarciaaguera.org
fundacion@garciaaguera.com

LA OSCURIDAD JUVENAL SOTO

© Juvenal Soto Carratalá
Fundación García Agüera

Edición y cuidado:
José Manuel García Agüera

Supervisión de la edición:
José Manuel García Fernández

Control de recursos:
Maripepa Fernández Villalobos
José Miguel Barrientos Méndez

Colaboración:
Pepa García Fernández

Primera edición:
Noviembre de 2020



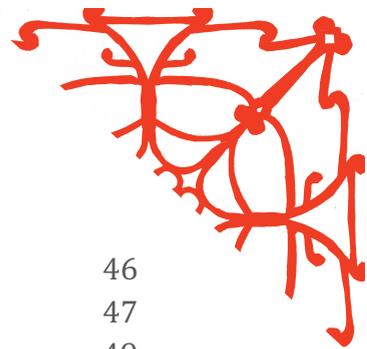
Juvenal Soto

La oscuridad

FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA

Índice

Preliminar	9
Melancolía en el balneario	19
Vestido para nadar	20
Variaciones sobre el llanto de Segismundo	26
Las palabras	27
Recuérdame el amor cuando anochezca	28
Los amantes	29
Noche oscura del alma más oscura	30
La tempestad	31
Nocturno de Simbad el navegante	32
Las olas	33
El abismo	34
Normandina	35
Vae victis!	37
Gloria victis	38
Canta, musa, la cólera de Aquiles	39
When come back home	40
Este reino de la muerte	41
Acciones pendientes	43
Los muertos (I)	44
Los muertos (y II)	45



Qué dolor de papeles	46
Réquiem	47
Repostería letal para vates inadvertidos	49
El oralista	51
De profundis cordis	53
¿Pájaros? ¡Ah, los pájaros!	54
El saurio	55
Es el olvido	56
El mismo, la misma tarde	57
Epistolario estrictamente confidencial para lectores curiosos	58
Leviatán en el Baikal	60
Ruinas	61
¡Música!	62
Ars amandi	63
Elementos para una teoría del límite de lo infinito	65
Últimas preguntas, última respuesta	66
L'obscurité en rose	67
Final	68
Acerca de	70

Haciendo clic sobre el título se accede directamente a la página y desde ella con nuevo clic se vuelve al índice

Preliminar

Escribí los textos que componen este libro entre 2018 y 2020. En 2019 creía haberlos completado, y los dejé descansar durante un tiempo antes de entregarlos al editor. A primeros del año 20 continuaban, casi olvidados, el reposo que les impuse, que en ese momento se había convertido en un rechazo rotundo, quizás porque mi situación personal cuando los concibiera rozaba lo deplorable. Supe entonces que en una lejana ciudad de China sus habitantes morían a causa de un extraño virus y, aún ignoro por qué, tuve la terrible intuición de que ese virus y la enfermedad que provoca afectaría a gran parte de los seres humanos que pueblan este planeta. Pronto hallé en las declaraciones de alguien (Universidad de Harvard) la confirmación de mis agoreras previsiones: entre el 70 y el 80 por ciento de la población mundial padecería la infección del virus, según predijo ese alguien, que añadió una nueva previsión según la cual el mundo, tal y como lo conocíamos, no volvería a ser el mismo. Medité entonces, y continué haciéndolo, si tal cambio era para mejor o para peor. No lo sé aún, pero tengo por cierto que lo próximo, lo que nos acecha, será probablemente otra Edad Media, aunque no descarto un Renacimiento, por más que el optimismo no se cuente hoy entre mis ejercicios habituales. En esas cavilaciones estaba, cuando volví a retomar el libro, que erróneamente supuse terminado, añadiéndole catorce textos nuevos, entre los

que se cuenta esta nota preliminar. Ahora creo haber concluido mi tarea, no si antes recordar que en realidad siempre escribimos el mismo verso del mismo poema, o dicho de otra forma: un Escritor —con mayúscula inicial— escribe siempre la misma historia para el mismo lector, y a veces, multitud de veces, Escritor y Lector son la misma persona, por distintas formas, razas y nombres que pudieran adoptar tanto el primero como el segundo.

Desde siempre supuse que la Naturaleza es un ente superior al que debemos molestar lo menos posible y en cuyos procesos los seres humanos tenemos la obligación de no intervenir para alterarlos. No ha sido así a lo largo de nuestra pequeña historia —consulten con un paleontólogo y comprobarán que nuestra historia como especie es minúscula— y menos aún ha sido así y con mayor descaro desde el comienzo de lo que tan pomposamente llamamos «era industrial», consecuencia de una revolución igualmente industrial que ha transformado nuestro mundo en el repugnante estercolero que ahora mismo es. Resulta lógico sospechar que en algún momento la Naturaleza se tomaría la justicia por su mano, decidiendo vengarse de los infames que día tras día la ningunean hasta la exasperación. Pretendo decir con esto que no me resulta extraño considerar que este coronavirus sea la venganza de una Naturaleza harta de tanto imbécil irrespetuoso. Venganzas son igualmente los constantes y devastadores huracanes, tornados, inundaciones, tsunamis, terremotos, etc. a los que poco a poco hemos de acostumbrarnos como consecuencias

de nuestra mala cabeza y nuestros peores actos. En fin, «a grandes males, grandes remedios». Puede que el coronavirus sea un remedio y no otra cosa, y puede que su capacidad para enmendar los desmanes de la especie humana llegue hasta el punto de aniquilarla, de borrarla para siempre de la faz de este planeta. Habrá culminado justo en ese momento lo que ya casi por costumbre llamamos «cambio climático». ¿Nos lo merecemos? Estoy seguro de que cada uno de nosotros guarda una respuesta afirmativa a esta pregunta, como seguro estoy de que muy pocos son los que se atreverán a expresarla pública y abiertamente.

Los textos que forman La oscuridad han sido para mí un remedio y una advertencia, además de un recordatorio. Un modo de constatar por escrito mis demonios personales tanto en verso como en esa otra forma que algunos denominan «prosa poética» aún no sé si con malas o buenas intenciones. Lo cierto, por encima de cualquier consideración añadida, es que el eje central de este libro es la muerte, entendida, incluso a regañadientes, como un paso más en el proceso natural de la vida. Por paradójico que pueda parcer, estoy convencido de que sin la muerte la vida no sería posible, y esa paradoja me lleva a aceptar el hecho de mi propia muerte como un acto de liberación no exento de disgusto y contrariedad por mi parte, ya que no conozco ni conoceré más forma de consciencia que la vida, mi vida para ser exacto, y sé que terminará de una forma u otra más o menos pronto, como terminaron las vidas de los no tantos que fueron mis queridos amigos y que hoy añoro hasta la desesperación. En lo

tocante al fondo de este libro que he querido llamar *La oscuridad*, me resulta obligado añadir que no pretendo en modo alguno perpetuarme por medio de él, ni siquiera perpetuar mi memoria en la de los lectores ocasionales. Hace años que descreo de la posteridad, entre otras cosas porque ninguno de los que hasta el momento han fallecido consiguió conocerla, y sé que yo no voy a ser una excepción. Un tipo tan atractivo intelectualmente como inquietante en sus hábitos vitales lo ha dicho de modo magistral: «Más que vivir en el corazón y la mente del público, prefiero vivir en mi apartamento». Woody Allen es el nombre de semejante tipo.

En lo formal, combino prosa con verso en este libro. Ya he manifestado mis sospechas sobre la «prosa poética», ahora quiero añadir que con el paso del tiempo he ido aprendiendo a amar el verso constreñido a formas que pudieran considerarse encorsetadas, como es el caso de los sonetos y, más concretamente, de los sonetos por mí escritos aquí en *La oscuridad*. Durante años fui un furibundo defensor del verso libérrimo y con igual vehemencia atacué las formas clásicas de concebir el poema. Hoy sé que el soneto es una endiablada mezcla de matemáticas, música e intuición poética —alguien ha intentado demostrar que las tres cosas son la misma— cuyo resultado final en raras ocasiones consigue la apoteosis de la satisfacción completa. Algunos llegaron a esta conclusión en el Renacimiento y la perfeccionaron, sobre todo en España, a lo largo del tenebroso y deslumbrante Barroco. No sé con certeza si estos sonetos pudieran adscri-

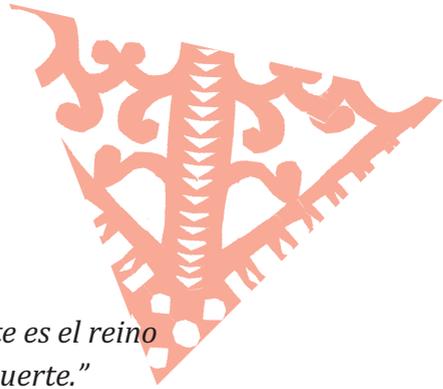
birse al Renacimiento o al Barroco. Tampoco me importa. Sé, sin embargo, que al escribirlos sufrí las torturas de la métrica, de la correcta acentuación silábica y de la rima hasta convertirme en el masoquista lírico que soy. Por lo demás, creo que cada quien puede y debe escribir como le plazca y le venga en gana, con el exclusivo requisito de que el poema consiga dejarle satisfecho tanto a él como a unos cuantos como él. Me temo que todo lo demás son ganas de rellenar páginas en torno a un hecho que puede expresarse adecuadamente en una sola línea. Eso es todo.

No terminaré esta nota sin agradecer a la Fundación García Agüera, en la persona de mi queridísimo y viejo amigo José Manuel García Agüera, el esfuerzo y cariño que una vez más me ha demostrado en el proceso editorial de este libro, primero entre los míos que se adentra en la inquietante espesura de lo digital. Igualmente agradezco las lecturas previas, observaciones y sugerencias que me hicieron dos amigas entrañables, Lucía Álvarez de los Ríos y Ro Pérez Hurtado. Para todos ellos vaya esta oscuridad con la forma de un haz luminoso tan amigable como rebotante de afecto. Y concluyo, por fin, reiterándole a Alicia Guerrero Tolosa mi devoción infinita. Nunca jamás nadie tuvo tanta paciencia con el berberisco que acaba de escribir estas líneas.

MÁLAGA, A 13 DE MAYO
Quinto mes de la peste del año 20

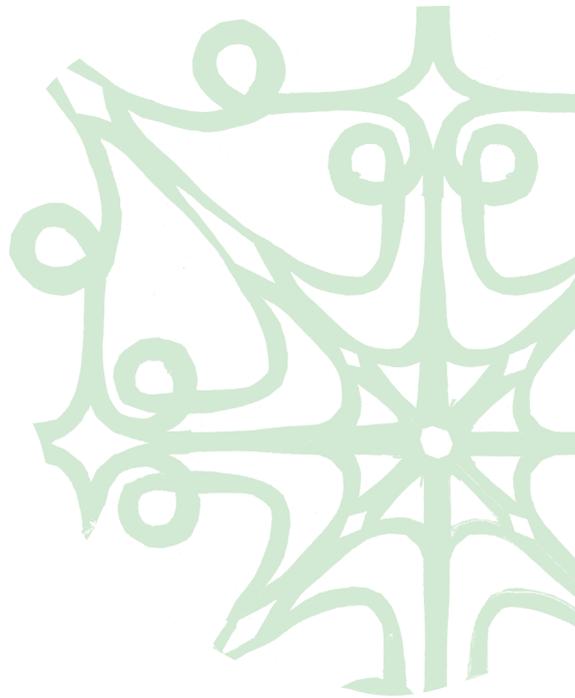
Juvenal Soto

La oscuridad



*“En verdad os digo que este es el reino
del desconsuelo y de la muerte.”*

Tierras solares. Rubén Darío



Melancolía en el balneario

Propuse entonces que, jóvenes, fuésemos adornados de guirnaldas, porque un cuerpo y la belleza eran nuestras oraciones. Propongo ahora la existencia de Dios, para que el amor y su juventud vuelvan y de nuevo gocemos en la resurrección de la carne.



Vestido para nadar

“Cuando sientas que a tu alrededor todo se viene abajo y ya no encuentres sentido a la vida, remonta el río de la memoria hasta la niñez.”

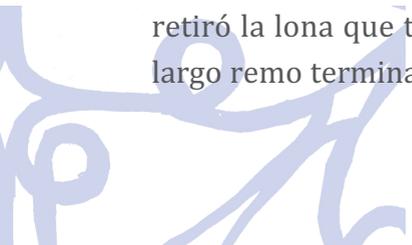
Manuel Vicent

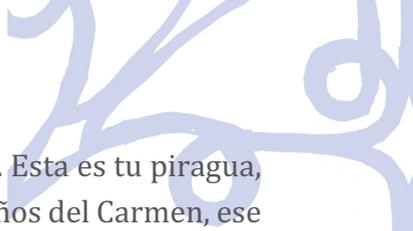
Me dijo que hay lugares que existen un solo instante y permanecen luego eternamente en la memoria. ¿Eternamente?, le pregunté. Me miró. El dedo índice de su mano izquierda señalaba unas formas lejanas en la orilla, no mayores que la caja de galletas de manteca que llevaba en mi bolsa de grumete. Tiempo después supe que aquellas melindrosas y remotas formas que ese día entreví mecidas por las olas eran los Baños del Carmen. El transcurso de los años me ha enseñado eso y poco más: vista desde el mar, la orilla solo es una forma melindrosa y remota que a veces las olas te dejan entrever.

Navegar junto a mi padre era entonces el más intenso placer concebible para aquel niño que esperaba ansiosamente la llegada de la mañana del domingo. A las seis en punto, fuese la estación del año que fuese, oía carraspear a quien retiraba la ropa de mi cama. Vamos, era la palabra que anunció durante tantos domingos el comienzo de mis fabulosas aventuras

infantiles. Si la proa del barco doblaba a babor la bocana del puerto, sabía que otra vez veríamos el diminuto lugar de la orilla cuya instantánea existencia mi padre destinaba a permanecer eternamente en mi memoria, y que otra vez la borrosa mancha que de cuando en cuando flotaba en las crestas de las olas era no más que una diminuta ilusión nunca mayor que mi caja de galletas. Los Baños del Carmen fueron en los primeros años de mi infancia una ilusión, la primera ilusión del niño que los domingos por la mañana navegaba con su padre. Más pronto que tarde todas las ilusiones se desvanecen.

Mi primera ilusión se desvaneció un domingo de junio. Esa mañana no oí hasta las ocho el carraspear de quien me retiraba la ropa de la cama, tampoco oí el vamos que anunciaba nuestra inminente salida hacia el puerto. Mi padre se sentó en mi cama y me anunció que íbamos a la playa. ¿A la playa? La playa era para mí un extraño y remoto lugar puesto por nunca supe quién tras los cristales de la ventana de mi habitación. ¿La playa? Cuando atravesamos la puerta enorme de madera y ladrillos descubrí una excesiva vastedad de arena grisácea rodeada de casetas pintadas de verde y blanco sobre la que alguien o algo había dejado los restos alineados de varios grandes animales muertos. Mi padre se detuvo junto a uno de ellos, retiró la lona que tapaba el cadáver, extrajo del vientre de la bestia un largo remo terminado en palas por ambos extremos, con la ayuda de un





hombre surgido de la nada puso boca arriba al bicho. Esta es tu piragua, me dijo, y añadió que estábamos en la playa de los Baños del Carmen, ese lugar de la orilla que imaginaste tan pequeño como tu caja de galletas.

Desolación. Tardé demasiado tiempo en saber que desolación era la palabra que contenía lo que sentí al ver por primera vez la piragua. Porque en realidad aquel bicho muerto no era para mí una piragua, sino la intuición de que mi padre deseaba navegar sin mí en su barco y de que, a cambio de su soledad, me ofrecía el cadáver de un raro animal para que también yo navegase a solas. ¿Navegase? La piragua o como quiera que se llamara aquel bicho muerto me permitiría adentrarme unos pocos metros en la mar. Mi padre me había robado de golpe el viento, las olas y todas las orillas lejanas que yo guardaba en mi caja de galletas de manteca. Desolación.

Pasé las mañanas de ese verano —todas las mañanas, no solo las de los domingos— aprendiendo a manejar los remos y el gobierno de la piragua. A finales de septiembre ya estaba en disposición de iniciar la aventura de joven piragüista solitario. No sentí la menor atracción por aquel trasto que me permitía navegar exclusivamente con calma chicha o casi. El mar era ahora una pequeña y aburrida palangana, poco más. A veces, oteaba el horizonte en busca de las velas del barco de mi padre. Nada, o, peor aún, gaviotas en la nada. A primeros de octubre, un temporal



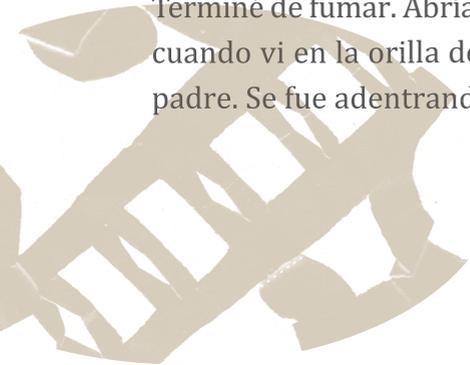
de lluvia y viento me mantuvo en casa, alejado de la playa varios días. Cuando regresó la calma, descubrí que el agua de la orilla del mar era de un desconocido color marrón sucio, muy sucio y semejante a la de los rabiones que desaguaban a lo largo de la costa, desde la playa de los Baños del Carmen hasta la de el Peñón del Cuervo, que eran los dos límites del perímetro de mis singladuras. No podía ni imaginar que tras un temporal de lluvia las aguas cercanas a la playa se transforman en un mundo de prodigios insospechables.

Me adentré en el mar lodoso con la proa de mi piragua puesta en la línea del horizonte, poco a poco la playa de los Baños del Carmen se alejaba más, un poco más. A un cuarto de milla del rebalaje decidí virar a babor, rumbo a la Punta de las Acacias. La estatua gigante de un dios con las manos puestas sobre su corazón presidía una cercana montaña, sobre el tejado de un edificio enorme. El aluvión de la arrollada me envolvió en un rugido de escombros, ramas amenazantes y cuerpos de reses que flotaban con los ojos abiertos, como suplicando clemencia a un cielo que ya no iban a ver. La paleta de mi remo punzó el tambor de las tripas de una cabra ahogada y desde el fondo de las entrañas de aquel despojo brotó el ruido de una gran ráfaga de felicidad, porque supuse que la riada del barro que la matara fue para ese animal una manera de ser libre, un modo de salir al mar para no volver a hollar jamás la yerba mustia de los pastos ni el

suelo mugriento del chozo de los lecheros. A la mar lo que de la tierra es. Esa era la felicidad que brotaba haciendo ruido desde la panza enorme de la cabra ahogada.

Cuando volví a casa mi padre preguntó por mis excursiones marítimas, le contesté que bien; preguntó, además, si tenía nuevos descubrimientos. Tardé en contestarle, y al fin le dije que sí, que aquella misma mañana supe algo nuevo: la mar era infinita, pero bajo su superficie y sobre ella habitaban seres tan pronto vivos como tan pronto muertos. Mi padre encendía uno de sus cigarrillos Abdulla —tabaco egipcio manufacturado en Gran Bretaña. Combinaba esos cigarrillos con otros de Vuelta Abajo, Cuba—, y, tras dedicarme la más amable de las miradas, concluyó: la muerte sí es infinita, los mares comienzan y terminan cuando tú quieres y donde tú quieras. Así pude comprender lo injusto que había sido cuando acusé a mi padre de ladrón por haberme robado, según creí tan equivocadamente, las olas, el viento y las lejanas orillas que yo supuse escondidas en mi caja de galletas. A las seis de la mañana del domingo siguiente a esta conversación oí de nuevo carraspear a quien retiraba la ropa de mi cama. Otra vez oí la palabra que hasta en mis sueños di por perdida: vamos. La velas del barco de mi padre se inflamaron hasta reventar, empujadas esa mañana por el viento de mi alegría.

Por mi padre supe que todo empieza y termina cuando tú quieres y como tú quieras. Por mi padre supe también que solo la muerte reina en lo que llamamos infinito. Esta historia va a terminar ahora, no con el final que yo hubiese elegido, sino con el que decidiera mi padre. Esta historia que comienza en el mar, frente a los Baños del Carmen, termina en el mar, muy cerca de los Baños del Carmen, en la habitación del hospital que mi padre escogió como puerto de salida para su última singladura. Navegó solo, como a él le gustaba hacerlo, y esta vez llegué al puerto cuando su barco ya había salido. Entré en la habitación del hospital y vi sobre la cama el cuerpo de mi padre vestido con uno de sus trajes impecables. Antes de que el dolor me arrasara decidí fumar un cigarrillo en la terraza de la habitación. Daba a un mar que ese día el poniente mantuvo tranquilo y extendido, como una lámina de plata recamada por cientos de gaviotas. Una vertiginosa carretera y un paseo bordeado de palmeras separaban la terraza de la habitación de mi padre de la cercana playa, pequeña y solitaria aquella mañana del uno de enero. Encendí otro cigarrillo y otro más. Terminé de fumar. Abría la puerta de la terraza para volver a la habitación, cuando vi en la orilla de la playa a un hombre vestido con el traje de mi padre. Se fue adentrando en la mar. Se fue adentrando. Se fue.



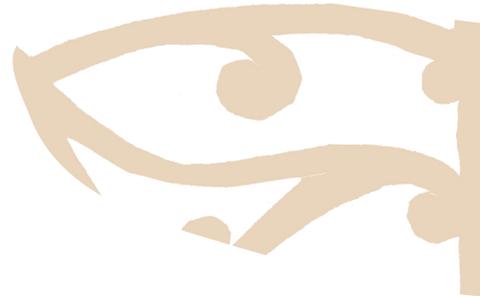
Variaciones sobre el llanto de Segismundo

Un sueño, que la vida es como un sueño
te dijeron, y callan que la muerte
aullará para ti la mala suerte
de aquel perro ahorcado por su dueño.

Más difícil: la vida es como un sueño
que te acoge y te invita a detenerte,
luego sales y pujas por volverte.
Inútil. Morirás en el empeño.

La vida como un sueño es la mentira
que el polvo de los muertos te desvela.
Vives y mueres. Cuanto nace expira.

La vida como un sueño por la estela
del pájaro que pasa y fue mentira.
Y fue mentira y vuela y vuela y vuela.



Las palabras

Poco a poco las amontonaba en aquel galpón inmenso, cercano al bosque remoto que fuera su infancia. Cuando supo que por fin allí estuvieron todas, las fue agrupando por la fiereza de su pelaje y la malicia del bocado de sus mandíbulas. En la esquina más penumbrosa del tinglado, construyó para ellas una pileta que llenaría con herrumbre y agua helada. Era ahí donde las despojaba de glorias y asechanzas, de miserias y turbiedades. Sin más alimento que un trozo de pan mojado en la hiel viscosa de una cabra exánime, los lunes y viernes de cada semana procurábales un sorbo de vino oscuro. Así las aflacó hasta finarlas, tal si fueran la esperanza de un pobre. Seis de ellas sobrevivieron a esta industria del ingenio. Luego de procurarles aseo y verduras cocidas, las extendería por el prado contigo. Sobre la yerba permanecen. Alineadas junto a una gran mancha de tréboles, el caminante que pasara aún puede leerlas. Solos ellas perduran tras la tormenta: *El verdín vertiginoso de la muerte.*



Recuérdame el amor cuando anochezca

Dos fresas me ofrecías. Las adorno
con azúcar y helados. Las contemplo
como a dioses que reinan en un templo
y lamo con mis dedos su contorno.

Dos frutas me regalas y un retorno
a los días en flor que ahora destemplo
y así hallo en la vejez el largo ejemplo
de cómo el tiempo quema igual que un horno.

Recuérdame el amor cuando anochezca,
seremos solo sombra y vanagloria.
Recuérdame también que no te ofrezca

ni siquiera un mal cuarto en mi memoria.
Olvido y oscuridad, que no merezca
nuestro rastro otro sitio en esta historia.



Los amantes

Entrelazadas las manos, como si la eternidad les aguardara desde siempre, sus cuerpos perseveran sentados frente a la pantalla de un televisor encendido. Sus bocas y sus ojos abiertos quizás nos previenen de la existencia de algo o de alguien súbitamente inesperado. Solo las moscas los acompañan. Recorren sus labios y sus párpados y uno de estos monstruos en el lagrimal del que fuera el más infeliz desova la miseria del mundo y la de todos los mundos que hubieron en este. Cuando el atardecer ensombrezca las fotografías de lo que fueran sus existencias dudosas, el alma de quien más los amó deposita bajo ambas lenguas la moneda con la que pagarán su viaje infinito. También las naranjas han comenzado a pudrirse en ese plato que uno de ellos comprase para el otro en aquel mercado de Ibiza.



Noche oscura del alma más oscura

Cuando la noche deje de ofrecerte
el vino suave y leve de su brazo,
ya sabrás que la vida es solo un trazo
que se rompe y te empuja hasta caerte.

La noche, vida mía, era mecerte
en el sueño tan frágil de un regazo,
y ser joven y ser Dios, ser el cazo
donde beben los labios de la muerte.

Noche y turba del alma y la locura,
vida mía, ahora es cuanto tienes,
corazón descendido a la amargura.

Como un pájaro viejo vas y vienes
de las nubes tan altas a la oscura
y triste vía muerta de los trenes.



La tempestad

“Cuando salgas de la tormenta, ya no serás la misma persona que había entrado en ella. En eso consiste la tormenta.”

Haruki Murakami

La noche anterior soñó de nuevo que esa vastedad inmensa lo cubría para siempre. Era una desmedida mancha negra en la que lentamente se ahogaba. En su descenso, extraños seres abisales le acompañaron, le acompañaba el ronquido tumultuoso de un gran macho de cachalote. Descendía, descendía y la vida fue ya solo una diminuta mancha blanca y difusa allá arriba, muy arriba. Por la mañana, la proa de su chalupa cortó el rizo de una ola gigantesca para entrar súbita en aquella descomunal mancha del sueño de la noche anterior. Supo entonces que para él sonaría más pronto la música ruinosa de cierta trompeta. Esa, la que según dicen atruena desde el Apocalipsis.

Nocturno de Simbad el navegante

La vejez, los recuerdos, la navaja
del tiempo que he perdido. Son los puertos
donde hoy tengo mis barcos, bichos muertos
del salitre que pudre y resquebraja.

Cuatro palos sostuve en mi baraja:
nafragios, tempestades, los inciertos
dioses que son demonios encubiertos,
las olas por la luna cuando baja.

Una sola palabra es mi tesoro,
Simbad, el más hermoso de los nombres.
De su música nadie roba el oro.

Para que el mar lo apague y tú lo escombres
hice con fuego al Dios que nunca adoro.
Soy Simbad, el radiante entre los hombres.



Las olas



Una pequeña gaveta disimulada entre la multitud de cajones en aquel mueble inusitado, quizás un bargueño, o tal vez un trasto viejo y molesto, puesto allí por nadie sabe quién ni para qué. En ocasiones quería imaginarla como el diminuto y oculto cajoncito de un coqueto secreter en el que sus antepasados misteriosos escondieran cartas de amor, invitaciones a duelos que nunca tuvieron lugar, improvisados balances de remotas travesías de barcos hundidos cerca de las Antillas Mayores. Todo estaba allí, tanto lo que hubo sido como lo que pudo ser, incluso lo que acaso sería. Todo escrito con tinta negra y en desmesuradas letras que formaban palabras, frases, párrafos a veces subrayados con lápiz rojo. Todo calculadamente olvidado en ese bulto inútil e incómodo que entorpeciera el paso de los pocos que aún cursaban estrafalarias visitas con el único objeto de contemplar las ruinas, el derrumbe en el que día a día persistiese. Cuando por fin llegó la primera de las grandes olas, intuyó aliviado la proximidad del naufragio. A la primera le siguieron otras aún más gigantescas y devastadoras. Supo así que él y tantos otros de la que fuera su estirpe terminaban como empezaron. Tras la tempestad fue esta charca en la que ahora sus vidas flotan extintas. Y luego la nada, ya para siempre.

El abismo

Esa noche descendió más, aún más. Cuando llegaba al fondo, creyó ver una luz desamparada y trémula entre los bajíos embarrados del suelo lodoso. Una débil luz iluminando apenas aquel paraje desacostumbrado, que poco a poco se le desvelaría reconocible. Quiso ascender entonces a la superficie. A punto ya de aspirar una gran bocanada de aire, decidió permanecer allí para siempre, a dos aguas, ya que al fin comprendería que tanto la cumbre como el tártaro eran una y la misma cosa. En ese momento, la luz del fondo se hizo intensa, casi deslumbrante, y recordó las palabras escritas tantos años atrás por otro que, como él ahora, dudaba entre la ascensión o el abismo: “Todo lo que ves desaparecerá rápidamente, y quienes lo ven también desaparecerán rápidamente”.



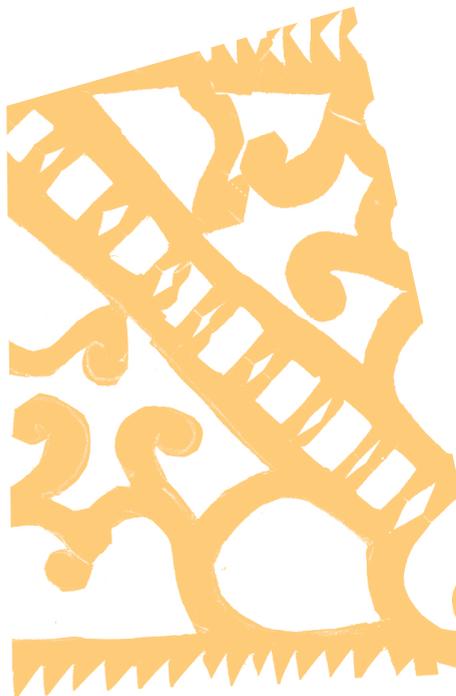
Normandina

Frente a las fauces descomunales de aquellos monstruos de fierro oxidado me habló, en el transcurso de las tardes infinitas de mi infancia, de uno que navegara los mares del mundo cargando en su buque a todos los animales de la tierra. Cuando alguna vez le pregunté por el nombre de ese marino, su respuesta era larga y confusa. Ahora la recuerdo, o creo recordarla, más o menos así.

- Unos le llaman Noé, pero, antes, otros le conocieron con el nombre de Gilgamesh. Su barco, que nunca es el mismo, aparece y desaparece una y otra vez y tal ocurre también con su nombre. Años después de aquellos que te he mencionado, reaparece llamándose Odiseo en esta ocasión y Simbad, poco más tarde, entre quienes rompieron las rojas olas de un mar cercano al arábigo.

De vuelta a casa, cuando entre los muelles del puerto y nosotros tan solo mediaba el ronquido de las sirenas de los monstruos de fierro ahondado en el negror de la noche, me decía que aún era pronto para que la acompañase en sus bogaduras junto a alguien —Ulises lo llamó en cierta ocasión— que surcaba para ella en un solo día todas las calles de una

ciudad de Irlanda. Como si del más lento de los oleajes se tratara, la oí desde las madrugadas de mi cuarto pasar una página y otra y otra más de cierto remoto libro hundido en las simas de su memoria marítima. No sé cuándo desapareció para siempre de mis tardes infinitas e ignoro por qué nunca intenté buscarla. Hace unos días creí leer su nombre en las tablas de popa de la gabarra que pilota Caronte. Sí, allí estaba escrito con letras neblinosas: Normandina. O quizás fuera tan solo un espejismo deslumbrante al sur de ese *Sur* que cuenta Antonio Soler, gaviero.



Vae victis !

Salve Aurelio! Sabrás que la victoria
en el Rhenus ayer no fue posible,
que La Decima flota yerta, impasible
como un río que fluye por la Historia.

Legio Decima Gemina. La gloria
del abismo hizo de ella La Invisible,
una Parca que vive y no es tangible.
Sus águilas hoy son solo memoria.

También lo has de saber: estoy muerto.
Los venenos me dieron esta clave,
“seremos tu camino hacia lo incierto”.

En las setas hallé mi única llave
del valor. Soy la mala hierba en este huerto
y tú me pisarás, Aurelio. Vale.

Gloria victis

Antes de arremeter contra su propia espada, un general de Roma¹ escribe al emperador. Miente. Los hombres de su legión, la Decima Gemina, no han sucumbido al hierro germano en el Rhin. La verdad es desoladoramente distinta: cuando cruzaban el Mosela, camino de Tréveris, una arrollada hundi6 sus gabarras. No sabían nadar. Murieron ahogados por agua y fango. Las ramas de los viejos 6rboles caídos, que el lodo de la avalancha arrastrara, atravesaron luego sus despojos. Los desperdicios de cinco mil cad6veres desembocaron d6as despu6s en las aguas del Rhin, en Coblenza, all6 donde el caudal de este recoge el de aquel otro r6o. La 6nica espada que en esa fecha atraves6 la carne romana fue la del general falsario, que pretend6a as6 obtener la gloria que el destino le negase. En el aturdimiento que le proporcionar6a el veneno de ciertos hongos busc6 el valor que su mano rehusaba para empuñar el gladio. “Y t6 me pisar6s” fue el epitafio que el emperador de Roma, magister militum, orden6 tallar en la piedra ordinaria bajo la que se arrebujaba la eterna desverg6enza de ese trolero.

(1) Concebido como una carta dirigida por un general romano a su emperador, el soneto que precede a esta prosa comienza y termina con las palabras “Salve” y “Vale”, habituales en las ep6stolas latinas. En la presente prosa contin6a omitido el nombre del general. Era y es costumbre no mencionar a los miserables ni verbalmente ni por escrito. La Historia corrobora que quien perpetra la omisi6n suele incurrir igualmente en la categor6a de miserable. En el aludido soneto se nombra al emperador como Aurelio, sin que exista atisbo de intenci6n por parte del autor de identificar a este sujeto con el emperador Marco Aurelio, mod6lico entre los bienaventurados.

Canta, musa, la cólera de Aquiles

Una mujer y un perro desayunan en el velador contiguo al que ocupó esta mañana áspera del abril menos cruel. Han pedido una taza de café con leche y dos cruasanes. La mujer sorbe el café con leche y el perro lame la taza. La mujer come un trozo de su cruasán y el perro otro del suyo. Oigo que la mujer despacha con el nombre de Héctor al perro, un amasijo de spaniel americano con no sé qué. Más allá, un mendigo se sienta sobre un cartón en la acera. Pide limosna a los transeúntes a cambio del tristísimo bordoneo que apenas consigue emitir con una especie de guitarra. A su lado, un perro, tan lardoso como el músico, perdura sentado, unido por una vieja sogá a la mano del hombre. He querido conjeturar que ese perro se llame Aquiles y que de pronto, en un berrinche de justicia colérica, rebana de un mordisco el cuello de este Héctor petimetre, que muy cerca de mí lame un café con leche y come cruasanes. Tras la muerte de Héctor, Aquiles bebe lo que queda en la taza y come los restos del bollo. La mujer, horrorizadamente estúpida, pide desde sus ojos saltones ayuda a los improvisados héroes que también desayunan en esta terraza. Cuando concluyo mi quimera, la mujer y el perro se alejan calle abajo. Descubro en mi mano izquierda una moneda. Sé que la guardaba para sobornar a Caronte. Quise impedir así que el viejo barquero transportase al otro lado del Estigia los cuerpos devorados de ese Héctor inútil y de su penosa ama, cuyo nombre ni siquiera escribiré.

When come back home

Gamel Woolsey, in memoriam

No temas el calor del sol, no temas
del invierno la cólera furiosa,
no temas al fuego. La mimosa
del jardín es donde ardes y te quemas.

Pon sobre tus heridas las gemas
de estas nubes que pasan, la rosa
de la tarde incendiada y más tediosa,
pon el mar y los cielos. Nada temas.

Cuando vuelvas a casa trae el viento
que arrasa las cenizas de la fiesta,
el ángel que te ríe, trae ciento

diez demonios y trae aquella cesta
con los días en flor. Sabes que miento.
Nadie vuelve a dormir la misma siesta.



Este reino de la muerte

"In death's other kingdom".

T. S. Eliot

Todas las mañanas se hacía la misma pregunta, y todas las mañanas afrontaba la misma ausencia de respuesta. Preparar un café negro, diluir un par de terrones de azúcar, sorber y, tras fumar el primer cigarrillo del día, ahí estaba de nuevo aquella interrogante jamás resuelta en el transcurso de los últimos cincuenta años. Su vida, que nunca imaginó tan sorprendente, era la búsqueda de una respuesta, o, mejor dicho, el planteamiento de una pregunta para la que buscaría una respuesta. Cincuenta años, casi dos mil mañanas de café negro, tabaco y pregunta para encontrar nada. Así pasaron las fechas de su existencia. A veces su hija le acompañaba durante mínimas temporadas. Compartió con ella la interrogante, pero no le servía de ayuda alguna aquella forma en la que le miraba, encogida de hombros y mojando una magdalena en el café con leche —¡con leche, qué desatino!—. A punto de cumplir los sesenta y cinco años, su hija se presentó en casa para cenar y pasar la noche. Se fue a la mañana siguiente, muy temprano. Esa mañana, tras sentarse a la mesa frente al café negro y encender el primer cigarrillo, descubrió junto al paquete de tabaco un libro abierto por sus últimas páginas. Entrevió unas líneas de lo que

parecía un poema. Luego de leerlo detenidamente, observaría que su hija subrayaba con tinta verde el primer verso y los cuatro últimos. “La vejez (tal es el nombre que los otros le dan)”. No supo hallar el significado de ese primer verso. Después, leyó los cuatro últimos. Todas las mañanas de mierda de los últimos cincuenta años de mierda de su vida de mierda le aparecieron de pronto resplandecientes. “... Llego a mi centro/ a mi álgebra y mi clave,/ a mi espejo. Pronto sabré quién soy.” Apuró el café negro, cerró el libro mientras apagaba el cigarrillo, salió a la calle. Esa mañana descubría que todas las preguntas tienen una sola respuesta, la misma, escrita en aquellos versos finales del poema “Elogio de la sombra”, de J. L. Borges.



Acciones pendientes

“Tenemos que tomar partido. El silencio estimula al verdugo, no a la víctima.”

Elie Wielsen

Debiéramos tomar algún partido
que haga de la palabra su bandera,
de la paz infinita una manera
de cantar otros himnos: lo perdido,

las gotas del perdón que no has pedido,
aquel cántaro puesto en la cadera
del amor que pasó y a nadie espera,
y ser joven y ser cuanto has querido.

Debiéramos tomar ese sendero
que evita el bosque donde un lobo aguarda
y engulle al libre y lame al escudero.

Debiéramos saber que la bastarda
historia de los hombres fue un reguero
de mentiras. Dejad que se rompa y arda.

Los muertos (I)

“Eres un alma que sostiene a un cadáver.”

Meditaciones. Marco Aurelio que cita a Epícteto

¿Los ojos de los muertos qué mar miran,
qué barcos cruzarán por su horizonte,
quién despide en sus playas a Caronte
y recoge las almas que otros tiran?

¿Regresan a contarnos si respiran
el aire de la cierva y del bisonte?
¿Oyen pájaros, ven prados, del monte
las nieves en verano se retiran?

¿Desconocen los muertos el destino
de sus días, el sueño de su noche?
¿Cantan, besan y comen, beben vino?

Olvido y nada son. Son un derroche
de sílabas y versos, desatino
del soneto que escribe este fantoche.

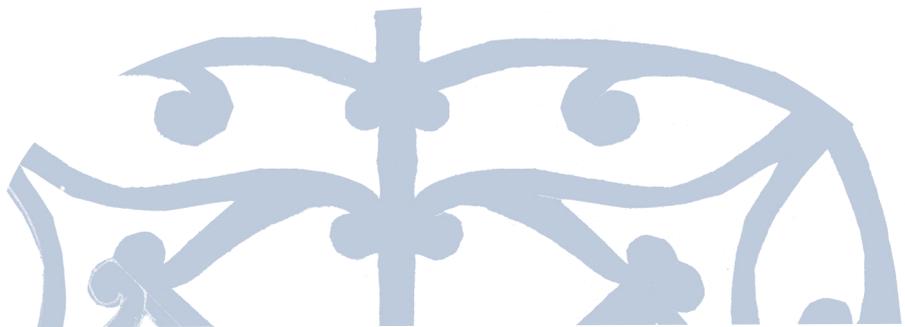


Los muertos (y II)

Aguardó el momento increíble de abrir esa puerta para volver a verlos. Allí estaban. Buscaba el rostro de sus abuelos y descubriría el de su madre, buscaba el rostro de su madre y descubriría el de su perra (Gina, una majestuosa setter irlandesa). Todos los rostros eran, a un tiempo, el mismo y el de cada uno de aquellos que buscaba. También su rostro fue transformándose, o eso creyó, en el de todos y en el verdaderamente suyo, hasta ese momento desconocido incluso para él. Ninguno sabía ni quiso saber nada de cuantas anécdotas intentara recordarles. Nadie pudo repetir su nombre, que él les gritaba, ni el nombre que alguna vez cada uno de ellos tuviera. Sus rostros, sus nombres, sus historias, erraban en la sima incalculable de un vaho eterno sin recuerdos. Comprendió al fin que él formaría ya parte de este olvido interminable y supo, como el ahogado que ve por última vez la luz del cielo, que todo era para siempre tiniebla infinita. Oscuridad, oscuridad, oscuridad.

Qué dolor de papeles

Escribió dos mil folios y, más tarde, otros dos mil, y finalmente mil más. Confusamente descritos, quiso narrarnos en aquellos papeles los hechos y andanzas de su vida, que él creía ya terminada o a punto de terminar. Cuando hubo concluido el amasijo de horas, desatinos, mujeres, días, hombres, infortunios, años, amistades, perros y viajes, descansó. Tardaría siete años más en corregir lo escrito. El último día del último de esos siete años, tras añadir un acento y modificar una coma en la última frase, temblorosamente aovó el mazo de papeles sobre las brasas de la chimenea. Deseaba así emular al olvido, ya que a este y no a él le correspondería escribir el folio todavía ausente. Ese papel en blanco en el que nadie contará el verdín vertiginoso de su muerte.



Réquiem

Madurada la decisión de ser un hombre nuevo, a las cinco en punto de la tarde tiró su vida por la ventana. Vivía en un segundo piso. No pudo prever que un feliz transeúnte pasara por allí justo cuando se deshizo de aquella bola parduzca y grasienta que fuera su vida hasta esa fecha. Un alarido de dolor proveniente de la calle le advirtió del infortunio. Bajaba apresuradamente las escaleras, oía la sirena de la ambulancia, abrió la cancela del portal. Entre las barreduras de su pasado, un hombre de mediana edad —los restos de un cigarrillo en la comisura de los labios y un libro de J. R. Jiménez en el bolsillo izquierdo de la chaqueta— clamaba auxilio, tendido sobre las losas de la acera. Los servicios sanitarios le informaron a la mañana siguiente de que las contusiones producidas en el feliz transeúnte por el impacto de la bola fueron leves. Tres meses después, recibió la multa. 350 euros por arrojar desperdicios a la vía pública. Adjunta a la sanción, esta nota informativa: “Le recordamos que los muebles inservibles y demás objetos inútiles deberán ser depositados junto a los contenedores de basura no antes de las 20'30 horas del día viernes. El camión de recogida de deshechos pasará esa misma noche a retirarlos”. Suspiró aliviado, ya era un hombre nuevo y desapropiarse de



su vida pasada solo produjo contusiones leves en un feliz transeúnte. A las cinco en punto de la tarde de la fecha en la que se cumplía un año exacto de los acontecimientos narrados sonó el timbre de la puerta de su casa. Un funcionario municipal del SOP (Servicio de Objetos Perdidos) le hizo firmar un recibo, luego le entregó una bola parduzca y grasienta con la satisfacción del deber cumplido pintada en el rostro. Antes de despedirse obsequiándole unas palmaditas en la espalda, el funcionario municipal le dijo: “Las vidas pasadas no se pierden. Nosotros nos ocupamos de recuperarlas y devolverlas a sus propietarios. No insista. Nunca fallamos”.



Repostería letal para vates inadvertidos

Grandemente laureado tanto en el Piamonte como en el Véneto, Rufo Ciano, vate natural de Bassano del Grappa, pisó aquel carozo de cereza esa tarde de finales de junio, cuando dirigía sus trancos al inmueble anejo al gran teatro de la municipalidad, lugar en el que se anunciara la sesión inaugural del taller literario “Poesía, alimento del alma”. La cadera de Rufo no pudo soportar el impacto contra un bordillo bribón de sus 98 kilos con 69 años. Entregó la cuchara 17 minutos después del batacazo, tendido allí mismo, en la vereda izquierda de la Via Fatebenefratelli, no sin depositar en los brazos de su amante el mazo foliado del corpus de la conferencia inédita. Enzo Brambilla, macuco carabinero, dedujo en su atestado que el percance con resultado fatal se produjo a causa de los restos provenientes de algún trozo de tarta de cerezas, caídos desde uno de los veladores de la terraza sita a la vera del punto en el que el malogrado bardo se constituyó cadáver. Rosario Malatesta asumiría el reto de sustituir a Ciano como disertador de la mentada sesión inaugural. En el transcurso de los tres minutos dedicados a la oración fúnebre en honor al vate Rufo Ciano, previa a su catequesis lírica, comprobaba Malatesta que los ojos de cada uno de los integrantes del escaso público permanecieron fijos en algún lugar del anaquel repleto de libros situado a su espalda. Idéntica desaten-

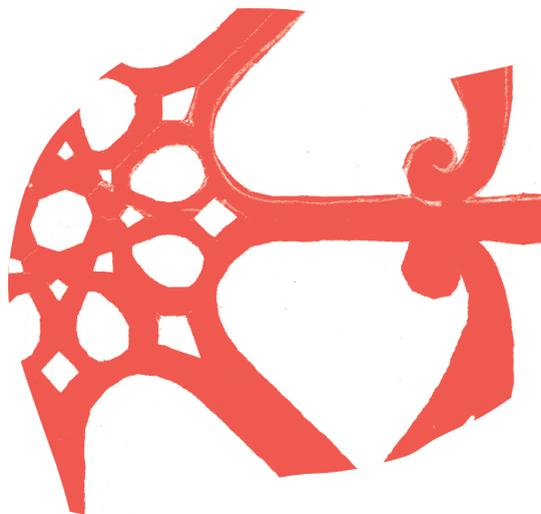
ción a su persona y a su oratoria persistía durante los veinte minutos que ya duraba la plática. Embravecido y hartó, Rosario Malatesta también posó su mirada en el punto origen de su descontento. Se dio de bruces con la portada de aquel volumen escandaloso, sospechosamente visible en la sección gastronómica de la biblioteca y firmado por la insignificante Mirta Cucinella. Título: Tarta alemana de cerezas. Subtítulo o apostilla, entre paréntesis: (¡Resucita a los muertos!)



El oralista

El mundo es una laberíntica y agobiante biblioteca, afirmaba un latinoamericano apellidado Borges. Someter el mundo al albur de convertirlo en un mero contenedor de libros no deja de parecernos una metáfora utilizada con el fin de ascender socialmente por medio de una frase ingeniosa, o, lo que seguramente es aún peor, el ardid de un desesperado escritor de alguna casi olvidada ciudad del cono sur para visitar dos tres pequeñas universidades aquí, en Europa, y allí, en Estados Unidos de América. Por qué aquella frase de este individuo tuvo el relativo éxito del que hoy mismo disfruta es una incógnita que debería resolver cuanto antes la psicología social, y, si me apuran, la respuesta debiéramos esperarla de la boca de los muchos psiquiatras que atienden a los pocos que ahora mismo se empeñan en mantenerla como un hecho incontestable. El mundo no puede apoyar sus fundamentos en semejante disparate. El mundo se asienta en la sabiduría que personas memoriosas como yo y como ustedes sabemos transmitir mediante la oralidad. Gracias. No hubo preguntas. Antes de cerrar la aplicación para videoconferencias, dos profesores de una tenebrosa universidad de Alabama -pareja de hecho- le pidieron el correo electrónico, decididos a enviarle un meticuloso estudio relativo a la psoriasis que acaso padeciera Edgar Allan Poe tras haber escrito El cuervo. Recostado

en aquel silloncito incómodo y desatinadamente rococó, encendió su pipa y quiso deleitarse en el recuerdo de la última de sus conferencias, seis meses antes de que sobreviniera la peste. Tampoco le aplaudieron. No hubo preguntas. Tras abandonar la sala de conferencias y el edificio que le prestaba cobijo, Sancho, su chófer, tomó el canal rápido de la Avenida Albert Camus, doblaría luego a la altura de la calle Julio Cortázar para enfilarse en el tramo principal del Bulevar Miguel Delibes. A la izquierda, pegado a la confitería “El banquete de Platón”, Sancho detuvo el automóvil, frente al número cinco de la travesía Gustave Flaubert. En el segundo piso del edificio “Salambó”, un descoyuntado catre le aguardaba. Era, junto al silloncito rococó y tres ceniceros, el único mueble que aún le consintiesen los 22.533 volúmenes que, apilados en aquel apartamento de dimensiones casi desahogadas, constituyeron su pira funeraria.



De profundis cordis

Yo tuve un corazón como el verano
y en sus playas soñaban los bañistas,
Garcilaso, Tarzán, las trapecistas
del amor por los dedos de mi mano.

Duróme el corazón lo que un vilano
que vuela y luego muere en las aristas
del viento que tornó en malabaristas
cuanto fuera los más dulce y hoy es vano.

Yo tengo un corazón donde el invierno,
el granizo, la lluvia y los cristales
ahogaron en hiel lo que fue tierno.

Yo tengo un corazón con animales
salvajes y enjaulados, un infierno
de odios muertos y fieras inmortales.



¿Pájaros?

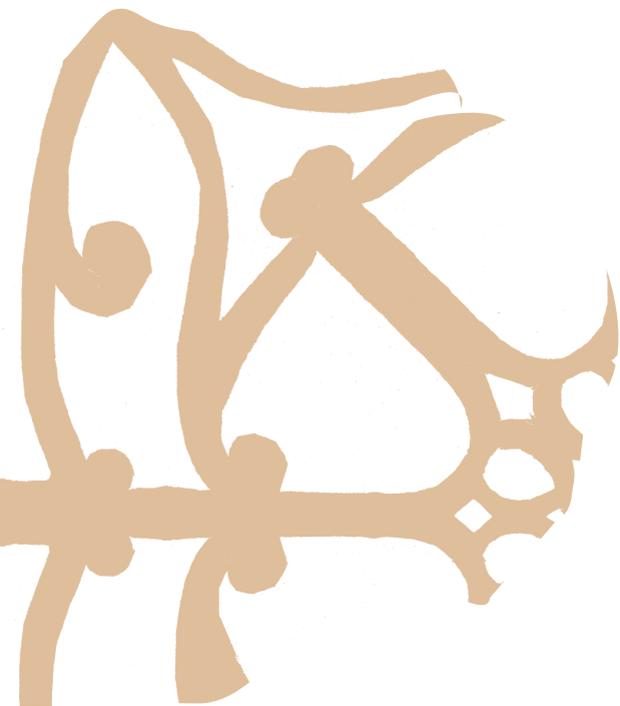
¡Ah, los pájaros!

Una lombriz grasienta y engordada por los abonos fue la última bestiecilla del césped que engulló descarado. Lo vi acometiendo una extraña danza durante varios minutos, frente a uno de los grandes ventanales que daban al jardín. Allí estaba, girando sobre sí mismo al tiempo que sacudía una vez y otra el plumaje de su cola. Luego se detuvo. Pareció mirarme fijamente. Antes de marcharse, me hizo la pregunta que aún no he sabido contestar: “¿por qué te quedas?”. Ni él ni sus compañeros de piada han vuelto. En los parterres, en los árboles del bosque cercano, en las trochas del monte que ascienden hacia los aguadaderos, en los cables del fluido eléctrico, en el asfalto de las maltrechas callejas que desembocan en la gran plaza no están. Ni siquiera en los cielos, que antes volaban de parte a parte desde las primeras luces hasta la anochecida. No están. Ayer revisé esa película en la que el terror son ellos, su abrumadora y feroz insistencia. Hoy sé que aterroriza aún más este silencio, la ausencia infinita en la que permaneceremos por los siglos de los siglos.



El saurio

Vio al cocodrilo —las fauces abiertas, inmóvil junto al agua abrasada de la poza— antes de enterrarse monstruoso en el barro. Era su infancia. También con las fauces abiertas, volvía para arrastrarlo a las profundidades fangosas.



Es el olvido

Las nubes y esa tarde de aguacero,
los días quejumbrosos de la infancia,
las piedras de una playa gris en Francia.
Recuerdos nada más. Nada más quiero.

La suerte que en la escuela traza un cero,
una mesa y un café y manteca rancia,
la misa del domingo, la abundancia
mañana, el porvenir y otro aguacero.

Los dedos infinitos de sus manos,
su pelambre de gata endemoniada,
el amor fulgurante, los veranos

en sus labios de diosa abandonada,
mis noches por sus huertos tan tempranos.
Humo son. Y serán humo en la nada.



El mismo, la misma tarde

El mismo hombre. A la misma hora, la última luz del ocaso entra por la misma ventana de la misma habitación. La misma silla, el mismo aparato de radio desde el que un mismo alguien repite desde siempre las mismas palabras. El mismo ruido de la misma cisterna del mismo vecino. Cloc, cloc, cloc. El mismo flotador provoca otra vez la misma avería en esa cisterna del mismo cuarto de baño. Cuando termina el ocaso, el mismo prende la luz en la misma bombilla que cuelga del mismo techo. Nadie en la calle, nadie en la casa, nadie a la mesa. El mismo nadie y el mismo solo consigo mismo. De pronto, alguien o algo corta la luz del edificio y rompe la sucesión de los mismos hechos. Esta negrura no es la misma, ni los objetos que poco a poco van perfilándose a través de ella serán los mismos. No funciona aquella cisterna del vecino y nadie dice algo desde ningún televisor. El mismo supo entonces que el fulgor nace de la única oscuridad, que siempre es la misma.

Epistolario estrictamente confidencial para lectores curiosos

*Rafael Pérez Estrada, 20 años después,
in memoriam*

Por eso le escribí la que supuse mi última carta. Por eso y porque supe que desde el lugar al que yo iba era imposible enviar carta alguna. Me contestó pasados unos meses, cuando yo no estaba ya, para decirme que él también se había marchado y que a partir de ese momento deberíamos suspender nuestra correspondencia. Alguien o algo me hizo llegar su carta, un papel arrugado y maltrecho en el que la firma era apenas un trazo reconocible. Se quejaba de mi mala letra en la carta que le enviara y de que mi prosa perdía la donosura que alguna vez tuvo. La suya fue terriblemente formal, y eché en falta aquellas metáforas con las que tantas veces me transportó a lugares inauditos: un faro en la isla de Sajalín, los monasterios de la península de Kola, aquel congala en la calle San Matías, los labios de Elsa. Citaba al final, como despedida insólita, este verso de un libro olvidado: “y la música sucia de los muertos”. Tales fueron las últimas palabras que de él recuerdo. A veces, en las extrañas madrugadas de este inabarcable lugar, quiero ver la luz del gabinete de su casa encen-

dida, quiero verle a él escribiendo alguna de sus últimas obras —no me gustan las primeras, salvo esa, con la que debutó como escritor, que lleva el nombre del barrio en el que transcurriera mi adolescencia trasnochada—, quiero verle con su corbata de emperador de Austria, saludando el canto de los mirlos que delata la llegada del buen tiempo. Quiero verle.

P.S. No puedo fechar aquella carta en la que me dijo que las tumbas solo ocultan las cortezas del fruto, que continuaríamos existiendo en tanto alguien leyera algo de lo que alguna vez escribimos, en tanto alguno pronunciara nuestro nombre. Yo lo nombro y sé que él me nombra. No estamos muertos. Así será por los siglos de los siglos.

Leviatán en el Baikal

Tan pálido era el día y tan amarga
la sombra de la nube sobre el lago
que bebí la tristeza con un trago
de la noche que llega muerta y larga.

Al demonio imploré porque la carga
de mi vida no fuese aquel dios vago
que apresura su gloria como pago
de una cruz que ascendiera por la varga

de esta cuesta que baja hasta el infierno
y me halla fiera y perro del olvido
que aúlla al fuego en las tardes del invierno.

Tan pálido era el día y tan mordido
el duro corazón antes tan tierno
que quise hacer soneto a este gemido.





Ruinas

Supo que era tarde porque el tazón de café negro que alguien dejó en la mesa de noche estaba frío y en la superficie del líquido que contuviese —a veces la achicoria o el mate sustituían al café— flotaban varios cadáveres de moscas muy muertas y muy funeraleadas por sus congéneres. Además, ya le habían afeitado la barba y, como siempre, quien fuera el autor o autora de la maniobra denegó el auxilio de la navaja a esos ocho o nueve pelos que hacían de aquella verruga facial una isla selvática en mitad del mar encrespado de su rostro, que se hundía en el oleaje. Abrir los ojos, constatar que los oídos reconocen el chascazo de la lluvia golpeando el latón de la techumbre, mover los dedos de ambos pies para saberlos ahí, donde todos los días, anhelantes de que los echasen a andar o de que los olvidasen para siempre así, como estaban, templados bajo las frazadas; sentir los brazos y las manos, que a tantos cuerpos, y durante tantas oscuridades, salvarsen del cenagal de la inocencia; darse la vuelta para disfrazar el morro entre las sábanas que más pronto serán mortaja. Por fin, pararse en mitad de la pieza, abrir la puerta para otra vez inaugurar el mundo y prometer un día más que la vejez es aún peor que la concha de su madre.

¡Música!

Años atrás, también en ese bulín de La Plata, no lejos de Buenos Aires, la oyó o creía oírla. Era dócil y amable, como duraznos de un verano que termina. Tiempo después, instalado en Europa, tornose en aquella fanfarria que atormentaba sus visitas frecuentes al meublé de la calle Desvalidos. Nunca supo si fue más cierta la una que la otra, pero sí que la de allá sumíalo en el narcótico que asestara fuerza y sentido a su diminuta existencia. Ahora, cuesta abajo en su rodada, ha vuelto por fin al cotorro de La Plata y la oye de nuevo, estremecida en la boca ya desdentada de Dulce María Urrutia. Y recuerda: c'est la petite mort, c'est la petite mort!, como un glorioso clamor surgido desde las profundidades de esta anciana que una vez fuera la boca de todos los labios de América. Adiós, adios muchachos compañeros de mi vida.



Ars amandi

Tras el almuerzo, dispone que le escancien el más huraño de los vinos y que alguien avive las brasas en la chimenea que entibia el diminuto salón. Disuelve algunas gotas de Parfait Amour en el líquido viscoso de aquel caldo, y la púrpura del licor culmina la cochambre de un bebestia repugnante. Ordena que un jardinero trepe hasta el tejado y desde allí orine sobre los vidrios emplomados de la cristalera del gabinete en el que cada día a idéntica hora le sirven el menú de siempre. Las gotas de orina golpean contra los cristales emplomados al tiempo que se deslizan raudas hacia el suelo. Tanta patochada crea por fin el ambiente propicio para la ejecución del proyecto largamente sopesado. Imagina las olas terribles de un mar que desconoce, rotas en las piedras gigantes de la escollera de su descontento. En el desgarrado gramófono, suena el hastío de una sola frase sin terminar, repetida hasta la somnolencia: “Only you and you...” Allí estará ella, forzosamente olvidada en un diván contiguo al suyo. Acaricia sus cachas nacaradas. Sube el dedo índice de su mano derecha hasta el saliente aún frío, pese al arco que debiera protegerlo, y que ahora se le ofrece abierto. Besuquea ese saliente y más tarde su lengua prueba la acidez del hueco rosinegro donde encontrará el último

deleite. La excita antes de provocar su respuesta y la llama madre, prostituta, amada y perdida. Por fin, pulsa con firmeza el gatillo y hace caer el percutor, último movimiento de ella del que aún disfrutará antes de descerrajarse el pistoletazo.



Elementos para una teoría del límite de lo infinito

Siente que sus días enflaquecen y acomete la hechura de veinticuatro endecasílabos distribuidos en dos sonetos. Once sílabas escribirá por jornada. Acentúalos, o procura hacerlo, en la tercera y en la sexta y en la décima sílabas -así le instruyera Garcilaso- y los obliga a rimar en consonante: ABBA, ABBA, CDC y DCD. Entre uno y otro cree descubrir un albor rosáceo. No es la aurora que mencionase Homero, ni el ocaso al que tantos otros aludieran por añadir negrura al texto. Oscuridad en rosa, piensa, y aún le da vueltas a ese emblema hasta hallar en la lengua de Francia el afectado frescor que precisa para envolver adecuadamente la palabra mierda. L'obscurité en rose será por fin el sino de apenas tres líneas de supuesta prosa. Tres días que añade a los veinticuatro aquellos. Se hace y hace preguntas, las últimas preguntas, para obtener, por fin, la respuesta, también última: Final. De esta forma obtiene un trío de cánticos que cierran su existencia y la de esta obra. Nunca sabrá si haya destinatario alguno.

Últimas preguntas, última respuesta

En la calle pregunto si me han visto,
me responden las piedras de una acera:
por aquí no pasó. Ni tan siquiera
los perros me conocen. Me resisto

a creer en los fantasmas. Me despisto
buscando algún café. No tengo espera
y vuelvo a preguntar en la otra acera.
Nada. De la esperanza me desvisto.

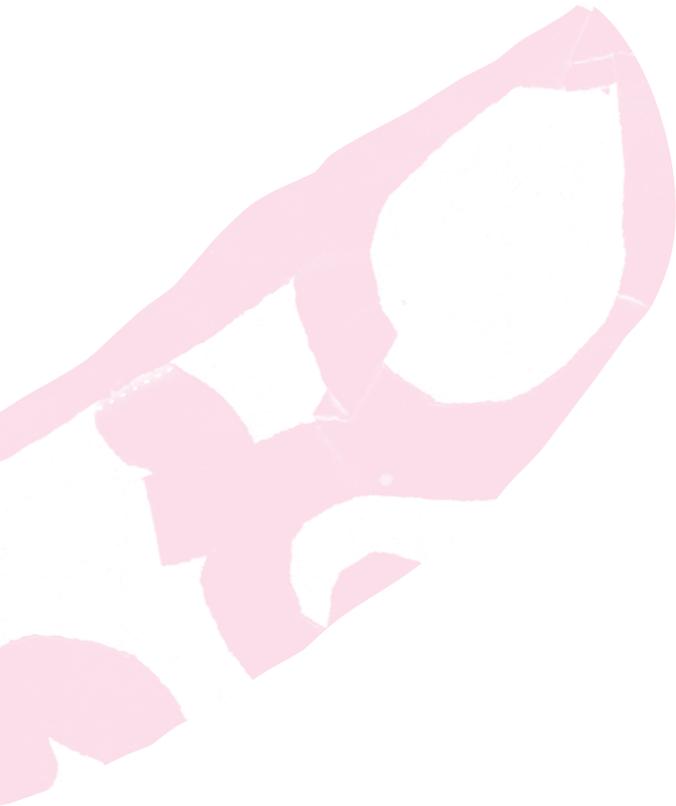
Acepto que estoy muerto. Me lo cuentan
las radios, los periódicos, el vuelo
de un sapo y de una rana. Me revientan

los deudos que me velan en el duelo.
Comen, beben, me miran y se sientan.
La vida fue un bar sucio como el suelo.



L'obscurité en rose

Tú me dices ven. Yo lo dejo todo. Aquí estoy, contigo, sin mí, canturreando aquella canción de mierda.



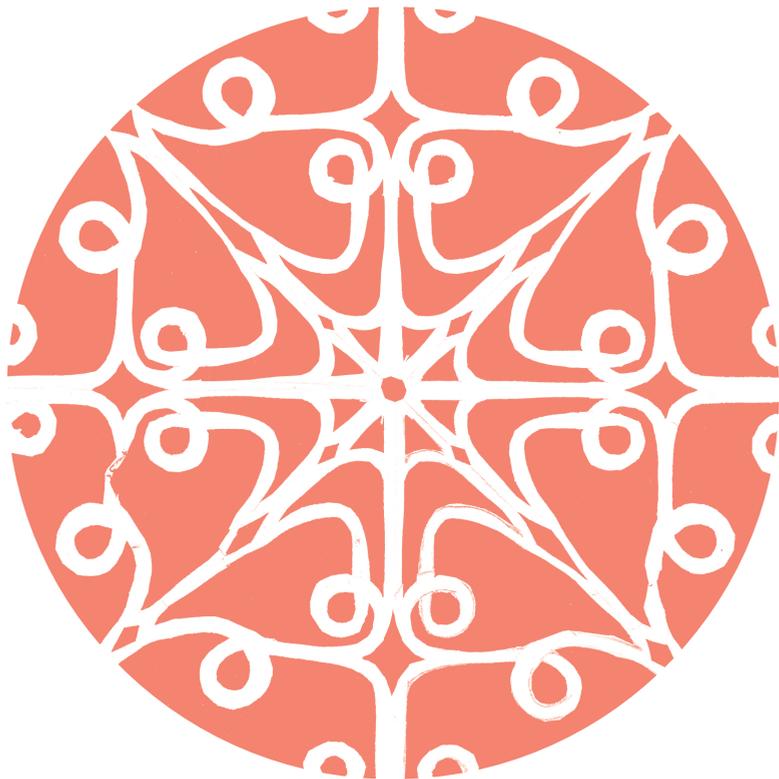
Final

De agua son las ciudades cuando llueve
y mojan los recuerdos la memoria
de quien fuiste, aquella vanagloria
de ascuas que ardieron, hoy campos de nieve.

Las calles y los mares a las nueve
del invierno en la esquina de tu historia.
Una vez, otra vez, como la noria
del tiempo que entre charcos te conmueve,

Hay una casa muy al fondo de tu vida,
a ella vuelves si arrecian las tormentas
y el viento abre la boca de la herida

que con lluvia y recuerdos alimentas.
No recuerdes. No vuelvas. En la huida
hallarás la razón de lo que cuentas.





Juvenal Soto (Málaga, 1954), estudió Derecho y Filosofía en la Universidad de Granada. Escritor, fotógrafo y editor, ha publicado los siguientes libros en los ámbitos de Poesía, Prosa y Ensayo Literario: *Breviario de Poesía Malagueña Contemporánea*. Ediciones de Ángel Caffarena. Crítica Literaria. (Málaga, 1975). *Ovidia*. Colecc. Adonais. Ediciones Rialp. Poesía. (Madrid, 1976). *La poesía española durante el franquismo*. Revista Litoral. Crítica Literaria. (Málaga, 1976). *Ephímera*. Suplementos Revista Litoral. Poesía. (Málaga, 1983). *Antología de la joven poesía andaluza*. Revista Litoral. En colaboración con Álvaro Salvador y Antonio Jiménez Millán. Crítica Literaria. (Málaga, 1983). *El hermoso corsario. Antología poética 1972-1986*. Edición de Antonio Garrido Moraga. Colecc. Puerta del Mar. Diputación Provincial de Málaga. Poesía. (Málaga, 1986). *Bebed agua del Niágara. Seis poemas inéditos de José María Hinojosa*. Centro Cultural de la Generación del 27. Diputación Provincial de Málaga. Crítica Literaria. (Málaga, 1988). *Fama de la ceniza*. Ediciones Libertarias-Prodhufi. Poesía. (Madrid, 1997). *Cuaderno del Bilmore*. Rafael Inglada Editor. Poesía. (Málaga, 2001). *Paseo marítimo*. Ediciones Hiperión. Poesía. (Madrid, 2002). *Las horas perdidas*. Ediciones Endymión. Poesía. (Madrid, 2002). *¡Que les den candela!* Ateneo de Málaga. Prosa. (Málaga, 2003). *Dioses de Ahí abajo*. Vicerrectorado de Cultura. Universidad de Málaga. Poesía. (Málaga, 2003). *Casi un centenario. Homenaje a Pablo García Baena*. Centro Andaluz de las Letras. En colaboración con Eduardo García. Crítica Literaria. (Córdoba, 2004). *El cielo de septiembre*. Editorial Almuzara. Poesía. (Córdoba, 2008). *Compañeros de viaje*. Colecc. Las 4 Estaciones. Fundación Málaga. Poesía. (Málaga, 2009). *Voces/Tintas*. Málaga. Fundación Manuel Alcántara. En colaboración con Teodoro León Gross. Crítica Literaria. (Málaga, 2010). *Horizonte interior*. Dauro Ediciones. Poesía. (Granada, 2016).

Su obra poética ha sido reconocida con las siguientes distinciones: Premio Cero, 1972. Poesía. Premio Ciudad de Córdoba Ricardo Molina, 2001. Poesía. Premio Aljabibe, 2002. Poesía. Premio Andalucía de la Crítica, 2017. Poesía.

Ha impartido cursos de literatura española en las universidades de Málaga (España), Milán (Italia), Dickinson College (Pennsylvania, EE.UU.), Lebanon Valley College (Pennsylvania, EE.UU.) y Hollins University (Virginia, EE.UU.)

Ha sido columnista de opinión en los diarios *El País* y *El Mundo*, y en el semanario *Cambio 16*.

Durante diez años dirigió el suplemento literario del diario *Sur*, “Sur Cultural”.

Entre 1988 y 1991 presentó y coordinó el programa *Entre líneas*, en la Primera Cadena de TVE, dedicado al análisis y divulgación de la literatura contemporánea.

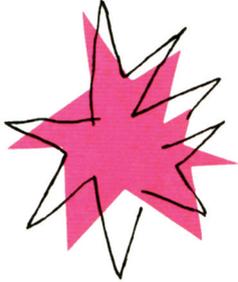
En 1988 creó para el Ayto. de Málaga el programa *Escribir en Europa*, que dirigió hasta 1992. Dicho programa comprendía el ciclo de conferencias “Escribir en Europa”, la revista de creación literaria *Ciudad del Paraíso* y la Colección de Poesía del mismo nombre, en la que editó los dos primeros números, dedicados a la poesía de José Antonio Muñoz Rojas y Rafael Pérez Estrada.

Creó y dirigió durante tres años el *Aula Rafael Pérez Estrada*, dedicada al análisis de la literatura y el pensamiento contemporáneos.

En 2004 fundó la Colección Las 4 Estaciones, que ha dirigido hasta 2020.

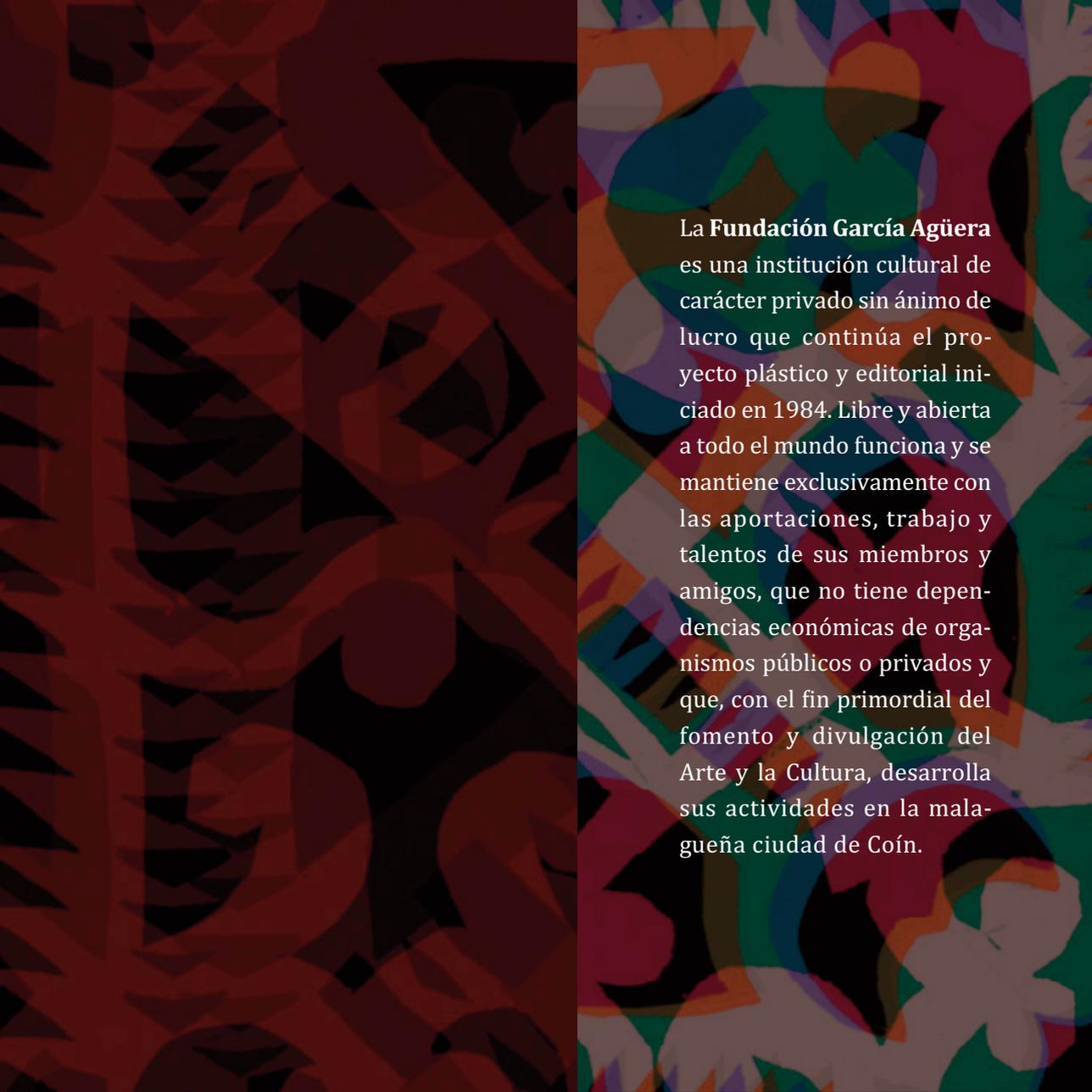
Ha expuesto sus trabajos fotográficos en España, Argentina y EE.UU.

Actualmente dirige los pliegos de poesía “Málaga capital Coín”, que publica la Fundación García Agüera.



COLOFÓN

Finalizaron felizmente las tareas para la publicación del presente libro, ***La oscuridad*** de **Juvenal Soto**, el viernes 13 de noviembre de 2020, Día de las Librerías. Una edición y cuidado de José Manuel García Agüera que se puede leer y descargar libre y gratuitamente por todo el mundo en formato digital desde la web de esta fundación, en la ciudad de Coín (Málaga).



La **Fundación García Agüera** es una institución cultural de carácter privado sin ánimo de lucro que continúa el proyecto plástico y editorial iniciado en 1984. Libre y abierta a todo el mundo funciona y se mantiene exclusivamente con las aportaciones, trabajo y talentos de sus miembros y amigos, que no tiene dependencias económicas de organismos públicos o privados y que, con el fin primordial del fomento y divulgación del Arte y la Cultura, desarrolla sus actividades en la malagueña ciudad de Coín.

